



EL PENSIL DEL BELLO SEXO,

Periodico semanal de literatura, ciencias, educacion,
artes y modas, dedicado exclusivamente a las damas.

Para las condiciones de suscripcion, véase la última página.

Advertencia.

Con el número de hoy repartimos el bellísimo figurín de señora correspondiente á la suscripcion ordinaria de este mes.

Igualmente repartimos con este número el segundo figurín de los cuatro que corresponden mensualmente por la suscripcion extraordinaria de señoras, habiéndose repartido el primero de la misma con el número anterior.

NOTA.

Las señoras y señores, cuya suscripcion haya terminado en 1.º del corriente, se servirá renovar desde luego á fin de repartirles sin retraso los números y figurines correspondientes.

ESTUDIOS FILOSOFICOS SOBRE LA MUJER.

Los socialistas modernos han cometido un grave error, cuando han creído labrar la felicidad de la mujer, dándole una esfera de accion mas ancha que la que hasta el dia han tenido. Ellos creyeron poder compararla con el hombre en inteligencia y fuerza, y al hacerlo así, no solamente desconocieron los principios de toda moral, sino que se pusieron en contradiccion con las leyes naturales mas claras é inconcusas. La mujer, física como moralmente considerada, está dotada de atributos especiales; tiene una esfera propia, dentro la cual puede vivir contenta y feliz, pero que no le es dado traspasar porque

se secaría y consumiría como la planta arrancada de la tierra ó el pez sacado del agua. Todo lo que aleja á la mujer del amor, la aleja de su felicidad: reasumid la vida de una mujer feliz, y la hallareis explicada con una sola palabra, amó: en la infancia amó á sus padres, en la juventud amó á su esposo, en la vejez amó á sus hijos. Entregarse á los negocios graves, consagrarse á la gloria ó á la ambicion, es ponerse en lucha con sus propios instintos, despedazarse el corazon con sus propias manos, condenarse al horrible tormento de Sisifo, siempre cayendo bajo el peso de la misma piedra. Formada la mujer para el amor, todo en su organizacion contribuye á desarrollar esta disposicion de su alma. La sensibilidad y la imaginacion son, en efecto, las dos cualidades morales que la distinguen. Por medio de la primera, se acerca, se une, se identifica con los objetos; por la segunda los embellece y los reviste de mil atractivos y encantos. En ninguna mujer, por desnaturalizada que sea, dejareis de encontrar un rastro vivo de estas dos cualidades del alma. La mujer que renuncia al amor, renuncia, por lo tanto, al único medio que tiene de enaltecerse y casi sobreponerse al hombre. En la mayor parte de los pueblos

primitivos en que la fuerza era la única ley, la mujer ha quedado protergada y reducida á una vida oscura y mezquina. El cristianismo, ley de amor y de paz, ha sido la única religion que ha dado á la mujer la dignidad que la convenia, porque la ha acercado y unido al hombre por medio del amor; y lo ha hecho en ella un deber para con sus padres, un deber para con su esposo y un deber para con sus hijos. El cristianismo, es, pues, la religion natural de la mujer: por ella como veremos, puede tener una verdadera supremacia en las sociedades modernas.

En varios pueblos de la antigüedad, y aun en la misma Roma, las madres mataban por sus propias manos á los hijos que nacen con alguna imperfeccion, y en Lacedemonia los entregaban, cuando estaban rodeados de todos los encantos de la infancia, á un consejo de ancianos que cuidaba de ellos en lo sucesivo, y que los arrancaba á la familia para darlos por entero á la sociedad.

Aun cuando no hubiese habido otra causa, esta sola bastaba para explicar la postracion y envilecimiento en que la mujer se hallaba en las sociedades antiguas. Privarla del sublime sacerdocio de la madre de familia, era quitarla su único y verdadero imperio. Todo lo que se la diese fuera del hogar doméstico, era violentar sus disposiciones naturales. Sacad á ciertas aves á la luz del día, y las vereis atontarse y desvanecerse: las fibras delicadas de sus ojos no estan hechas mas que para la sombra. Del mismo modo la mujer entregada á la Babilonia encontrada del mundo, á sus continuas revueltas y pasiones, con su organizacion delicada y sensible, y su imaginacion entusiasta y ardiente, debe enloquecer ó caer por tierra confundida, convertirse en vacante ó en cenobita.

Separándose la mujer de sus hijos, renunciando al amor de madre, renunciaba tambien al vínculo mas fuerte, al misterioso lazo que une mas íntimamente á los esposos. Los hijos son una cosa santa en el matrimonio: ellos son los que forman la verdadera familia, los que esparcen la vida y animacion en el hogar doméstico, el alma en que vienen á reunirse y encontrarse por el amor las almas de los padres: como la tierra para Anteo, puede decirse que son, el punto mágico en que ambos cobran nuevas fuerzas para amarse.

Otra de las causas que influyeron notablemente en la degradacion en que estaba la mujer, fué la *poligamia*. En los paises en que esta se hallaba admitida, el marido no se unia á su esposa mas que por una inclinacion carnal, por satisfacer un brutal apetito.

Tener muchas mujeres, era tambien un lujo, como lo es entre nosotros tener muchos caballos. Se exijía de ellas fidelidad pero era solo por no crear dos voluntades absolutas é independientes dentro de una misma familia. Aun con todo, Caton, el mas virtuoso de los romanos, brindaba con la suya á sus huéspedes y amigos. Lo que ante todo se queria de la mujer era que tuviese hijos: hasta habia leyes que castigaban severamente á la que era infecunda. Cuando el sitio de Troya, que duró diez años, los griegos que asediaban la plaza temiendo la despoblacion que produciría su tardanza en volver á sus hogares, enviaron á los mas jóvenes para que hiciesen sus veces cerca de sus esposas. No se buscaba el amor en la consorte que se elegia, se buscaba la obediencia y la satisfaccion de una necesidad física. Los primeros pobladores de Roma, hallándose sin mujeres, cayeron sobre el pueblo de los Sabinos, se apoderaron de las primeras que hubieron á la mano y las hicieron sus esposas. Estas parecieron avenirse tan bien, que cuando los sabinos vinieron á rescatarlas, hicieron ya partido con los romanos.

De todo esto se infiere que la mujer como esposa estaba en una completa degradacion en la mayor parte de las sociedades antiguas. El cristianismo pues al crear la santidad del matrimonio, al hacer de la esposa una compañera inseparable del hombre, al unirla á este por medio del amor, ha hecho mas por la mujer que todas las religiones antiguas, y todas las escuelas filosófico-humanitarias que han aparecido en nuestros dias. Al mismo tiempo que la ha colocado en la obediencia y bajo la proteccion del marido, como el mas fuerte y el primero de la familia, la ha constituido en una igualdad moral, que la deja con toda la dignidad y representacion necesaria para poder ser la primera en el amor como es la primera en la obediencia. El grande paso de la emancipacion de la mujer está pues en haberle dado igualdad de derechos y prerrogativas con el hombre, en el único círculo en que la mujer puede vivir y gozar, sin recelarse de los impulsos de su corazon.

Hemos visto que la mujer como esposa y madre estaba en algunos pueblos de la antigüedad, sin medios de hacer valer las prendas de su alma, y mas que todo, colocada en una situacion violenta y normal. Vamos ahora á considerarla como hija, esto es, en las relaciones con sus padres, y veremos del mismo modo sofocados en ella los mas puros impulsos de su corazon. El artículo es ya demasiado largo y por esto seremos muy breves en lo que nos resta que decir.

El amor filial, el verdadero amor filial que el cristianismo enseña á los hijos, respecto de sus padres, no era bien conocido en algunos pueblos de la antigüedad. Saturno devorando á sus hijos simboliza muy bien lo que cada padre quería y podía exigir de los suyos. La ley que les daba el derecho de vida y muerte sobre ellos no es tampoco una ley de amor. Como en la mujer respecto del marido se quería obediencia y sumisión en los hijos, pero nada más. El amor, esa renunciación del *yo* en beneficio de otra persona, esa encarnación del alma en otra alma, esa armonía íntima que hace que vibren dos corazones á impulso de unos mismos pesares y alegrías, el amor puro, desinteresado, intuitivo, no era por cierto aquella obediencia que se exigía de los hijos, aquella sumisión que *bajo pena de muerte* se les imponía. He aquí, pues, á la mujer violentada también en esta escala de su vida. Verdad es que la naturaleza obraba casi siempre en ella, que el sentimiento filial germinaba en todos los corazones sensibles, pero cuando la naturaleza apagaba su voz, cuando á la vez se imponía silencio á la sociedad, se veía á Roma contemplar sin asombro el carro triunfal de Tulia pasar sobre el cadáver ensangrentado de su padre.

La hija, la esposa y la madre, esos tres estados de la vida de la mujer, esas tres esferas dentro las cuales puede hallar un cielo su corazón sensible y apasionado, esas tres condiciones de su alma en las cuales puede desarrollarse toda su sensibilidad y vivir dentro de su naturaleza, eran casi enteramente desconocidas en la antigüedad. La mujer por lo tanto debía estar destituida de todo imperio. Estudiemos pues, todos los recursos, todos los medios que estas tres condiciones ponen en sus manos, y veamos si con ellas puede ejercer una verdadera supremacía, gozar de una verdadera felicidad, igualarse y casi sobreponerse al hombre, como hemos dicho al principio de este artículo. Veamos si con el amor y solo por el amor, por esa disposición natural de su alma, puede acercarse á la sociedad y ejercer en ella una verdadera influencia, y un verdadero imperio.

Pero estas cuestiones las reservamos para otro número de nuestro periódico.

DE SATURNOS.



GLORIA DEL SENTIMIENTO.

¡Qué hermoso es Dios, qué hermosa su creación,
Qué gallardo su andar, su voz qué suave!
Rasgos los cielos son de su belleza,
Pasos los siglos de su marcha grave.
La voz de la inmortal naturaleza
He su concierto la sonora clave,
Su canto arroba, su mirar ahresa,
Tiembala el mundo á sus huellas cuando pasa.

Ya me enamoro de él, ¡pobre doncella!
A la ardiente pasión esclavizada
En sangre á mi cerebro se atropella
A su paso, á su canto, á su mirada:
Medito y me consumo con la estrella,
Por el trueno me siento subyugada,
Y al ver al tiempo transcurrir ligero,
Sufro, lo lloro, clamo, desespero.

Seres tranquilos ví sobre la tierra
Que esta ansiedad febril nunca padecen,
Ni están con los espíritus en guerra,
Ni en éxtasis de amor se desvanecen:
Cuatro páginas ¡ay! su libro encierra:
Nacen, medran, se nutren, envejecen,
Y como nada amaron ni sintieron,
Nunca se mueren, porque no vivieron.

Decídmelo, sabios, los que en honra ciencia
Claváis los ojos, ahismáis la mente,
Los que aprendéis del libro y la experiencia
El bien futuro, pero el mal presente,
¿Cuál mejor es del hombre la existencia,
La que el placer como la pena siente
O la que pena ni placer recibe?
¿La vida muerta ó la agonía viva?

Cerráis los ojos, extendéis el labio,
La duda apaga la sentencia grave.
Al estúpido ser desprecia el sabio
Y se duele de aquel que sentir sabe.
¡O del divino espíritu alto agravio!
Si aun en esto, gran Dios, la duda cabe,
¿Porque al darnos el ser con que nos nombras
Separaste las loras de las sombras?

El genio con el polvo confundido,
Mezclada con las rocas la ternura,
El entusiasmo en el metal hundido,
Unida al ceno la inocencia pura,
¿Cómo te hubiera el hombre comprendido?
¿Cómo te hubiera amado la criatura?
¿Cómo hubiera admirado tu belleza?
¿Cómo hubiera cantado tu grandeza?

Ese es el solo bien del sentimiento,
La sola dicha de la triste alma,
La sola gloria del mayor talento,
Del martirio mayor la sola palma.
Llevar por adorarte el sufrimiento,
Por comprenderte renunciar la calma,
De la pasión en el delirio ciego
Ser desgraciados por sentir el fuego.

Repuse en paz el corazón helado:
Yo quiero ver nacer tu sol ardiente,
Vagar tras de tu voz por el collado,
Beber tu aspiración en el ambiente.
Quiero mirar tu eco en el nublado,
Tu sonrisa en la luna transparente,
En las corrientes aguas tu armonía,
Y tus albagos en el alma mía.

Sé que al cantarte, en mi ilusión suspensa,
La trova que mi boca te improvisa
De los pueblos tendrá por recompensa
Desdenosa y sarcástica sonrisa.
Su atmósfera pesada, oscura y densa
No dejará correr tan dulce brisa,
Pero en el valle puro en que la exhalo
Sirve á las soledades de regalo.

Carolina Coronado.

EL RAMO DE ROSAS.

(Conclusión).

Llegaron por fin nuestros viajeros á la puerta de la ciudad que estaba guardada por un gran piquete de soldados, y al atravesarla preguntaron por el camino de palacio, que un paisano les indicó. Apenas Hedwige apercibió las altas torrecillas y la esculpida fachada del imperial edificio sintió un temblor convulsivo agitar todos sus miembros, secáronsele las fauces, sus inertes manos abandonaron las riendas de la cabalgadura y alzó los ojos al cielo implorando una ayuda que no debía ya esperar de la tierra. Al ir á entrar en palacio las detuvo un page vestido de luto.

—Esta noble señora, dijo Ulrid desea hablar á la reina de Ungria. De esta audiencia depende tal vez la vida de un hombre.

—Ignorais acaso, señor escudero, que mi noble señora está sumida en el mayor desconsuelo, que no quiere ver á nadie y que pasa los días y las noches consagrada á la oración y pidiendo á Dios por el alma del glorioso emperador Alberto.

—Es reina y es mujer, dijo Hedwige con voz débil, y debe á los que la imploran su justicia y su clemencia. En nombre de vuestro padre haced que la vea.

Al decir esto, alzó el velo que la cubría... Al ver aquel celeste semblante que una palidez mortal no podía desfigurar, el page tuvo que ceder. Entró en efecto en el palacio y á poco apareció de nuevo. Venid, señora, dijo, la reina os aguarda, Hedwige le siguió; escapábase de su corazón una plegaria ardiente sin que se formulase en sus labios. Despues de haber atravesado una porción de grandes salones decorados con la mayor suntuosidad pero en los cuales ni aun puso ligeramente los ojos, llegó nuestra afligida esposa á un pequeño aposento cuyas paredes estaban colgadas de negro y que estaba alumbrado, apesar de ser de

dia, por la luz sepulcral de algunas lámparas que pendían del techo. En el fondo de este aposento, y cerca de una mesa sobre la cual habia un crucifijo, una calabera y un sudario, se veia una mujer, vestida de negro y sentada en una actitud de profunda meditacion. Sus facciones angulosas y severas, su frente pálida y embutida entre los pliegues de su negro velo, se destacaba como un sombrío cuadro sobre el fondo lúgubre de las colgaduras, y Hedwige se estremeció y sintió temblarle el corazón, cuando tropezó con la mirada inflexible y penetrante de aquella mujer.

—Que me queréis? dijo Ana con una voz ruda.

Hedwige cayó de rodillas, sus labios no podían articular la menor palabra: solo sus ojos rogaban.

—Que me queréis, dijo Ana de nuevo aproximándose.

—Misericordia, señora, misericordia.

—Misericordia! y para quien? esplicaos, noble jóven.

—Oh! señora, exclamó Hedwige cogiendo una punta de su vestido, gracia para mi marido!

—Vuestro marido?... quien es vuestro marido... respondedme.

—Yo soy.... yo soy.... la esposa de Rodolfo de Wari.

—Raza de víboras! exclamó la reina desprendiéndose con violencia, atrás!.. Osais pedirme gracia? y habeis hecho vosotros gracia á un anciano, á un príncipe?... Parricidas.

—Señora, dijo Hedwige tendiendo los brazos hacia ella, sois cristiana: por la salvacion de vuestra alma, por la sangre que corrió en la cruz por el justo y el pecador tened misericordia de mí; perdonad á mi marido, concededle el tiempo del arrepentimiento! Perdonadle como queréis que se os perdone á vos en vuestro último día... huiremos.... no mancharemos el imperio germánico con nuestra presencia.... pero la vida.... el tiempo de la expiacion!... Oh señora.... por todo lo que vos amais!...

—Acaso no me habeis privado vosotros de cuanto amaba? No haya perdon para el asesino.... no haya misericordia para el parricida.... lo he jurado.... la sangre pagará por la sangre, y las águilas del cielo se apacentarán en las entrañas de los asesinos.... Retiraos, mujer; vuestra presencia infesta el aire que respiro.

—Señora....

—Retiraos os digo.

—No puedo al menos ver á mi marido, encerrarme con él en su prision?

—Ah! quieres verle? dijo Ana con una sonrisa feroz; serás satisfecha y verás como Ana hace justicia.

Dicho esto dió algunos pasos hacia la antesala y llamó á un page: condució á esta mujer á Blut-Aker, dijo ella.

El page le echó una mirada dolorosa.

Obedeced, repitió Ana con violencia; y apareció en sus labios pequeños y pálidos una sombría sonrisa.

Púsose el jóven en camino y Hedwige le siguió: á poco llegaron á las puertas de la ciudad; entonces se detuvo el primero y la dijo con piedad:

—Creedme, señora, huid, poneos en salvo: el espectáculo á que os convida la reina, no es á propósito para los ojos de una mujer.

Hedwige sacudió la cabeza y continuó su camino. Llegaron por fin á una grande explanada, donde se agrupaba una muchedumbre inmensa, pero silenciosa y con cierto aspecto taciturno y triste. Las campanas de un convento vecino tocaban á muerto; y sobre las cabezas de aquella multitud se veían volar una porción de aves de presa que describían largos círculos dando gritos agudos. Aquel gentío se abrió instintivamente dejando paso á Hedwige, que caminaba hacia adelante como llevada por el delirio de un funesto sueño. A poco percibió también lo que atraía las miradas del pueblo: era un cadalso al cual se subía por una porción de escalones y en cuya parte superior se veían dos hombres. El uno, vestido de negro, tenía las manos juntas y parecía inclinar la cabeza hacia un objeto que no se podía distinguir: el otro, inmóvil, cubierto con un justillo de cuero, se apoyaba sobre una pesada maza de hierro. Eran el sacerdote y el verdugo. Hedwige trepó por las gradas del cadalso y dió algunos pasos en él. Entonces entrevió, á través de una nube, un hombre clavado en cruz sobre una rueda que había teñido con su sangre.... respiraba todavía, pero su pecho se levantaba en movimientos desiguales y se escapaban de sus labios sordos gemidos. Hedwige reconoció aquella cabeza lívida, animada con la expresión de un indecible padecimiento y exclamó: «Oh Rodolfo!» No le había reconocido hasta entonces.

El moribundo buscó con los ojos al sacerdote y le dijo con voz trémula:

«No os separeis de mi lado, y orad por mí, padre mío.... me abandonan las fuerzas.... He creído oír una voz.... la voz de mi Hedwige.... de mi adorada esposa.... El caritativo sacerdote levantó los ojos sobre la noble jóven, que permanecía estática como la Magdalena al pie de la cruz, é inclinándose hacia Rodolfo le dijo:

—Hijo mío, es ella.... es vuestra esposa.... está aquí y ruega por vos....

—Alejadla.... no podría soportar....

—Oh Rodolfo, mi Rodolfo! exclamó Hedwige; al fin te vuelvo á ver, pero dónde? Mirame! esposo mío, mírame!

Y sus lágrimas cayeron sobre el pecho del sentenciado; y pasó sus manos puras en torno de su cuello sangriento.

Incorporóse Rodolfo cuanto se lo permitieron sus ligaduras, y la miró con unos ojos en que luchaban las mas fuertes pasiones de la vida con las sombras y agonias de la muerte.

—Hedwige, dijo, mi casta y santa Hedwige, tu, tu eres la única que podías seguirme hasta aquí y mirar todavía al asesino con ojos de amor.

—En el cadalso ó en el trono, sois siempre mi dueño y señor. Yo os amo; y si el castigo que sufris no basta á expiar vuestra falta, aun tengo yo lágrimas para llorarle y alcanzar vuestro perdón.

—Hedwige ¡Cuánta dicha nos aguardaba! ¡y como la he sacrificado!

—Esta dicha se acabará en el cielo... ¿Qué puede ofrecernos la tierra?... Alzemos los ojos á esa cruz, oremos Rodolfo, oremos juntos por el perdón de nuestras culpas.

—Nuestras culpas: ¡Cuales son las tuyas, Hedwige mía; tu mas pura que la nieve de los Alpes!

—Tus faltas me pertenecen; y si vivo, será para expiarlas.

Y esto diciendo se prosternó sobre el cadalso, y sobreponiéndose al cúmulo de dolores que la ¡alligian se puso á orar en alta voz. El moribundo unió su voz á aquellos acentos que eran los únicos que en medio de aquellas terribles torturas le dejaban ver un rayo de esperanza. Una fuerza ficticia enjendrada por la fiebre le sostenía pero á veces caía en una especie de hondos desmayos que daban treguas á su mal. Hedwige entonces enjugaba con su velo el sudor que corría sobre su rostro; pero la

piEDAD le aconsejaba que no tratase de prolongar aquella vida, prolongando con ella su martirio: Cuando volvía, su primera operación era buscar con aquellos ojos sombríos á su mujer, la cual permanecía siempre en pie y á su lado como un ángel de consuelo. Al caer de la tarde la gente se fue dispersando y solo los guardas permanecieron al pie del cadalso: entonces comenzó á caer una lluvia fría y muy menuda, y á encapotarse el Cielo. Hedwige se quitó su manto y lo tendió sobre los desgarrados miembros de su marido; después se puso á orar. Aquella noche sombría, eterna, se pasó así: los suspiros del moribundo y los sollozos de su esposa eran lo único que turbaba el silencio. Al amanecer se hicieron mas frecuentes los desmayos... La aurora asomó en el oriente pálida y triste, y las aves de presa que advertidas por su instinto, no habían abandonado aquel campo de muerte, empezaron de nuevo sus agoreros gritos. Rodolfo las miró cerniéndose en los aires como otras tantas manchas negras y dijo:

— Pronto tendreis abundante pasto.... Hedwige, la noche que te conduje á mi morada, á la torre de Wart, cantaba el ruiseñor. Oh locura! oh crimen! cuán caro me cuestas! Olas del Reus, cuán felices me habeis visto algun tiempo!...

— Hijo mío, le dijo el sacerdote no penseis mas en la tierra...

— No pienso mas que en este ángel que dejo en ella.. Pero que oscuridad.. Hedwige, dónde estas? Repíteme la oracion del señor!

Obedeció la joven esposa y cuando hubo llegado á las palabras: *Perdonanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*, se unió la voz de Rodolfo á la suya: un ligero soplo pasó luego sobre su semblante que habia inclinado hacia su esposa... todo habia acabado.

Hedwige permaneció un largo rato absorta: luego levantándose con cierto aire de calma y resignacion pidió permiso al sacerdote para llevarse el cadáver á fin de dar le sepultura cristiana.

— Hija mía, respondió con lágrimas, la reina ha ordenado que permanezca el cuerpo expuesto á las aves de presa.

Hedwige inclinó la cabeza, imprimió un beso santo sobre la frente y las manos asesinas de su esposo, y se alejó sin proferir una queja.

El mundo no volvió á verla mas. Pocos dias despues se retiró á un convento de Argovia; pero su juventud habia sido devorada en un solo dia: y antes de que hubiese dejado el velo de novicia se adormió para siempre murmurando por última vez el nombre de Rodolfo.

Ana de Ungria cumplió su juramento; sesenta y tres caballeros pereciendo por mano del verdugo y Juan de Suabia no se libró del suplicio mas que refugiándose en un claustro. Ana fundó un convento, llamado de *Koenigspld*, en el mismo lugar en que habían herido á su padre, y se retiró á el pasando los últimos cincuenta años de su vida en la practica de las mas austeras costumbres. Todavía se vé su tumba, al lado de las del emperador Alberto, de la emperatriz Isabel y del archiduque Leopoldo, muerto en la batalla de Sempach.

A UNA TORTOLA.

¿Qué tienes, dime, tórtola inocente,
Que el canto alegre de tu pico alejas,
Y en la pradera con gemir doliente
Lloras tu sinsabor, muestras tus quejas?

¿Por qué vuelas esquivando, y en la oscura
Sombra te ocultas con terror y espanto?
¿Por qué hiende la esfera de amargura
El triste acento de tu triste canto?

¿Por qué nublados tus hermosos ojos
Alzas con languidez al alto cielo?
¿Por qué miras al campo con enojos,
Si solo abriga para tí consuelo?

¿Por qué arrastrando tus hermosas alas
En pos te lanzas de cruel dolor?
¿Por qué no luces plácida tus galas
E imitas en tu canto al ruiseñor?

¿Turban acaso ponzoñosos celos
De tu fiel corazón la dulce calma,
O creyendo perdidos tus hijuelos,
Al viento lanzas el dolor del alma?

No llores no, que del vecino prado
Salir los ví con amoroso anhelo;
Y los miré con ánimo extasiado
Ganar la altura del sereno cielo.

Sí, que á tu lado volverán gozosos
Para calmar tu pena y tus temores,
Y vendrán en su vuelo presurosos
La corola meciendo de las flores.

Míralos ya, del sauce en la espesura
Se columpian exentos de quebranto:

¿Cómo al verlos no cesa tu tristura
Ni apagas el quejido de tu canto?

Pero acaso suspiras de tu amante
La desdénosa faz: ¡desventurada!
También suspiro yo, porque inconstante
No me presta mi bien ni una mirada.

También mi pecho de tormento lleno
Huye del mundo y su bullicio esquivo,
Porque aquí el corazón late sereno
Y allí el dolor que le consume aviva.

Vén, tórtola inocente, y con la mia
Une la pena que tu pecho enciende:
No podrá el corazón darte alegría,
Pero tu mal por su dolor comprende.

OR. 20. 070.

RASGOS DE GALANTERIA.

Nada dice tan bien en los hombres como esta atención marcada, hija de una esmerada educación, con que procuran hacerse agradables á los ojos de las mujeres por medio de discursos delicados, ó de finos y galantes obsequios. La cultura de un pueblo se conoce en la deferencia y respeto con que el Bello Sexo es tratado por los individuos del otro. Sin esa prenda, no aspire nadie al título envidiable de hombre de educación y caballero. La presente edad no es tan bella, hájo ese punto de vista como otras que nos han precedido. Nosotros no dejaremos nunca de recomendar esa primera obligación del hombre en sus relaciones sociales con la otra hermosa mitad del género humano. Los elogios que se dan á una dama, la reprensión á que á veces puede hacerse acreedora, las declaraciones de amor con que acaso se quiera interesarla, las indirectas que se la dirijan, todo cuando se diga ó se exprese en su presencia, todo debe ser pulcro, fino, escogido, esmerado, galante. La mujer es objeto de culto para los que han nacido de mujer.

El cardenal de Polignac era un varón dotado de criterio, y así no podía faltarle esa esmerada y fina discreción en lo relativo á las damas, aun cuando por su estado eclesiástico pareciera en él esa prenda menos necesaria que en otros. Cierta noche se hallaba en la tertulia de la duquesa del Maine, y divertíanse los concurrentes en hallar diferencias ingeniosas entre varios

objetos. Y bien! exclamó la duquesa: ¿qué diferencia halla el cardenal entre un reloj y yo?—Señora, respondió el cardenal: un reloj me recuerda las horas, y al lado de vos las olvido.

Estando un día Fontenelle con varios amigos suyos en el jardín de cierta casa en que había comido, vino uno á enseñarles un dije de marfil de trabajo tan delicado, que nadie osaba tocarle por no exponerse á romperlo. Todos los circustantes admiraron aquella obra, pero Fontenelle exclamó: *en cuanto á mí, no puedo amar lo que tantos miramientos exige.* Mientras decía él estas palabras, acababa de entrar en el jardín la Marquesa de Flamarens, quien habiéndole oído, se sonrió. Él entonces, volviendo en sí, añadió con finura delicada: *no lo diga por vos, señora mía.*

Un oficial francés llegó un día á la corte de Viena, y visitó á la emperatriz despues de haber visto primero á la princesa de ... jóven bellísima. La emperatriz le preguntó si creía que la tal princesa era, como todos decían, la dama mas hermosa de la corte: Señora, contestó el oficial, *así lo creí poco ha.*

Los turcos evitan siempre que pueden entrar en cuestiones sobre su religion, y aun responder á las preguntas que se les hacen relativamente al asunto, temerosos de exponer á la crítica ó á la burla de los no mahometanos los objetos que ellos veneran. Una señora de elevada clase, echaba un día en cara á cierto Embajador turco que la religion de Mahoma permitiese á los hombres tener muchas mujeres. El Embajador, sin entrar en discusiones sobre aquel punto, contestó á la dama diciendo: *en efecto, señora, así es; el profeta nos permite tenerlas; pero es solo para que nos sea posible encontrar en muchas mujeres todas las perfecciones y gracias que se hallan reunidas en vos sola.*

En otra ocasión diferente manifestó el gran Condé que sabia negar á las mujeres un inextimable favor, sin dejar por eso de ser galante y delicado con ellas. Dicho príncipe atacaba á Vesel en 1672, y los sitiados no querían rendirse. Viendo que se dilataba el asedio, reuniéronse todas las damas que estaban en la población, y presentándose al sitiador le suplicaron: *¿les permitiese salir de la plaza, á fin de no sufrir las consecuencias de un sitio tan largo y terrible.* El príncipe sabia muy bien que otorgarlas aquella gracia, equivalía á dar á los sitiados

medios de prolongar su resistencia, y las respondió de este modo: yo os concedería, señoras, lo que con tanta instancia me pedís; ¿pero cómo quereis que acceda á una súplica que quiere privarme de lo que hay mas bello en mi triunfo?

A MI PASTORA.

No del Dios belicoso
Que en los montes de Tracia
Solicito sus huestes
Apresta á la batalla;
Ni tampoco de aquella
Deidad que allá en Idalia
Incensos mil recibe
En voluptuosas aras;
Ni del Dios diligente
Que calzado con alas
Correo es del Olimpio,
Cantaré las hazañas.
Es mas santo mi objeto,
La mision es mas alta,
Que hoy de mi lira impulsa
Las cuerdas ya olvidadas.
De mi Pastora en suma
Voy á pintar las gracias,
El brío y gentileza
Y la belleza extraña
De rizados cabellos,
De tez tan delicada,
Que á haberla visto París
Su juicio revocara.
Los tiernos corderillos,
Cuando á pacer los saca,
La dulce madre olvidan
Solo por contemplarla.
Son sus ojos dos soles
Que cuando Febo marcha,
A iluminar el orbe
Ellos solos bastaran.
La sonrisa en sus labios
El globo trastornara,
Si al punto que se asoma
El carmin no cerrara.
Sus manos de alabastro
En perfeccion tan raras,
Que por Júpiter sumo
Parecen torneadas.
De Venus la cintura,
Do residen las gracias,
Comparacion no tiene
Con la de mi zagala.
De su seno los globos

Limpio cambray recata,
Que la doncella hermosa
Tambien debe ser casta.
Mil pastores de entorno
A su humilde cabaña,
Dieran todo su aprisco
Si su afecto pagara,
Mas ella que á mi solo
La fe tiene jurada,
Aunque monarcas fueran
Tambien los despreciara.
En lo exterior son estas
Las dotes de mi amada:
A encomiar sus virtudes
Fuera mi lira parca.

BATHO.



EL PENSIL DEL BELLO SEXO sale á luz todos los domingos.

Habiéndose ocasionado dudas entre los suscritores sobre la palabra *separadamente* que figura en las condiciones de suscripcion al PENSIL DEL BELLO SEXO, se previene que las expresadas condiciones deben entenderse del modo siguiente:

La suscripcion al PENSIL es de tres clases:

Primera. La ordinaria, con opcion al periódico y á un figurin de señora cada mes: sus precios son:

MADRID.	PROVINCIAS.	ULTRAMAR.
Un mes. 3 rs.	Un mes. 7 rs.	Un mes. 10 rs.
Tres. . 12	Tres. . 20	Tres. . 28
Seis. . 24	Seis. . 36	Seis. . 54
Un año. 44	Un año. 70	Un año. 100

Segunda. La extraordinaria de señoras, con opcion al periódico y cuatro figurines mensuales: su precio, por trimestre adelantados, es 34 reales en Madrid y 41 en las provincias.

Tercera. La extraordinaria de caballeros, recibiendo el periódico con dos figurines de caballero y un patron pequeño, con otro grande cuando se reparten en París: su precio el mismo que el de la extraordinaria de señoras, esto es, 34 rs. en Madrid y 41 en provincias por trimestres adelantados.

Los figurines sueltos se expendrán á 4 rs. para Madrid en la puerta del Sol, número 8, tienda.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán francos de porte al empresario capitalista D. Antonio Gutierrez de Leon, calle de Sta. Clara, número 8, cuarto principal.

MADRID:—1845.

IMPRENTA DE D. JOSÉ DE REBOLLEDO Y COMPAÑIA,

Calle del Fomento, número 15.